

## CAPÍTULO IX.

SOBRE UNA CUALIDAD PARTICULAR DEL CARÁCTER GRIEGO.—  
ESPÍRITU DE DIVISION.

Un carácter particular de la Grecia, y que la distingue, á mi juicio, de todas las naciones del mundo, es su inaptitud para toda grande asociacion política ó moral. Los griegos no tuvieron jamás el honor de ser *un pueblo*. La historia no nos manifiesta entre ellos mas que algunas poblaciones soberanas que se degüellan unas á otras, y que nunca pudieron reunirse. Ellos brillaron bajo de esta forma, porque les era natural, y porque las naciones nunca se hacen célebres, sino bajo la forma de gobierno que las es propia. La diferencia de los dialectos anunciaba la de los caracteres, igualmente que la oposicion entre las soberanías; y este mismo espíritu de division se introdujo en la filosofía, que se dividió en *sectas*, como se habia dividido la soberanía en pequeñas repúblicas, independientes y enemigas. Como esta voz *secta* se traduce en griego por la de *herejía*, los griegos introdujeron esta voz en la religion; y así dijeron: *la herejía de los Arrianos*, como en otro tiempo habian dicho *la herejía de los Estóicos*. De este modo córrupieron una palabra inocente por su naturaleza, y fueron *herejes*; es decir, *divisionarios* en la religion, como lo habian sido en la política y en la filosofía. Seria supérfluo recordar aquí hasta qué punto afligieron y fatigaron á la Iglesia en los primeros siglos. Poseídos del demonio del orgullo y del de la disputa, no dejan respirar al sentido comun; cada dia inventan nuevas sutilezas, mezclan en todos nuestros dogmas no sé qué metafísica temeraria, que sofoca la simplicidad evangélica. Queriendo ser á un mismo tiempo filósofos y cristianos, no son ni lo uno ni lo otro. Juntan el Evangelio con el espiritualismo de

los Platónicos, y con los sueños del Oriente. Armados de una dialéctica insensata, quieren dividir lo que es indivisible, y penetrar lo impenetrable; y no saben suponer el sentido divinamente vago de ciertas expresiones, que una docta humildad toma como son en sí, y que aun evita de circunscribir, por no suscitar la idea de lo *de dentro* y de lo *de fuera*. En vez de creer, disputan; en vez de orar, arguyen; los caminos reales se ven llenos de obispos que corren al Concilio; apenas les bastan las postas del Imperio; y la Grecia entera es una especie de Peloponeso teológico, donde unos átomos se baten por otros átomos. La historia eclesiástica llega á ser, gracias á estos inconcebibles sofistas, un libro peligroso; y á la vista de tanta locura, tanta ridiculez y tanto furor, la fe claudica, y el lector exclama lleno de disgusto y de indignacion: *Pene moti sunt pedes mei!*

Para cólmo de desgracia, Constantino transfere el Imperio á Bizancio, donde encontrará la lengua griega, admirable sin duda, y acaso la mas bella que los hombres hayan hablado, pero por desgracia en extremo favorable á los sofistas; arma penetrante, que jamás debiera haberse manejado sino por la prudencia, y que por una deplorable fatalidad se encontró casi siempre en la mano de los insensatos.

Bizancio haria creer el sistema de los climas y de algunas exhalaciones particulares de ciertas tierras, que influyen de un modo invariable en el carácter de los habitantes; pues que la soberanía romana luego que se sentó en aquel trono, sobrecogida de improviso por no sé qué influencia mágica, perdió la razon para no volver á recobrarla jamás. Recórrase la historia universal, y no se encontrará una dinastía mas miserable. Aquellos Príncipes insoportables, débiles ó furiosos, ó uno y otro al mismo tiempo, dirigieron sobre todo su demencia á la teología, y se apoderaron de ella con su despotismo para trastornarla. Los resultados son bien conocidos. Casi puede decirse que la lengua francesa ha querido hacer justicia al gobierno de aquellos Príncipes, apellidándole el *Bajo-Imperio*. Así es que le vimos perecer, como

habia vivido, disputando. Disputando estaban en efecto los sofistas mitrados sobre la GLORIA DEL MONTE TABOR, y Mahomet forzando las puertas de la capital del Imperio.

No obstante, como la lengua griega era la lengua del Imperio, se acostumbró á decir *la Iglesia griega*, como se decía tambien *el Imperio griego*; aunque la Iglesia de Constantinopla era tan *griega* como podria ser inglés un italiano naturalizado en Boston; pero la fuerza de las palabras no ha cesado de ejercer un grande imperio en el mundo. ¿No se está diciendo aun *la Iglesia griega de Rusia*, á despecho de la lengua y de la supremacia civil? Nada hay que la costumbre no haga decir.

## CAPÍTULO X.

ACLARACION DE UN PARALOGISMO FOCIANO. — VENTAJA PRETENDIDA DE LAS IGLESIAS, SACADA DE LA ANTERIORIDAD CRONOLÓGICA.

El espíritu de division y de oposicion que las circunstancias han hecho connaturalizar en Grecia hace tantos siglos, ha echado allí tan profundas raíces, que los pueblos de aquel hermoso país han llegado á perder hasta la misma idea de la unidad. Creen verla donde nó existe, y donde existe no la ven. Frecuentemente aun se les turba la vista, y ya ni saben siquiera de qué están hablando. De este modo han transportado á Rusia uno de sus mayores paralogismos, que hace hoy un efecto maravilloso en las tertulias y conversaciones de aquel grande país. Se dice allí comunmente, que *la Iglesia griega es mas antigua que la romana*, y aun se añade en estilo metafísico, que *la primera fue la cuna del Cristianismo*. Pero ¿qué quieren decir con esto? Sabemos que nuestro divino Salvador nació en Belen; y si se quiere decir que su cuna fue la del Cristianismo, nada hay mas rigorosamente verdadero. Tambien se tendrá razon en ver *la cuna del Cristianismo* en Jerusalem, y en *el Cenáculo*, de donde salió en el dia de Pentecostes aquel fuego que *alumbra, calienta y purifica*<sup>1</sup>. En este sentido, la Iglesia de Jerusalem es incontestablemente la primera; y Santiago, en su cualidad de obispo, será anterior á san Pedro todo aquel tiempo necesario para andar el camino que hay de Jerusalem á Antioquia, ó á Roma. Pero no es esto de lo que se discute. ¿Cuándo se querrá comprender que entre nosotros no se trata de *las iglesias*, sino de *LA IGLESIA*? Dos iglesias católicas no pueden compararse, porque nó puede haber dos; y la una excluye lógica-

<sup>1</sup> Division del Sermon de Bourdaloue sobre Pentecostes.

mente á la otra. Así, pues, si se compara *una iglesia á la Iglesia*, es no saber lo que se dice. Afirmar que la Iglesia de Jerusalem, por ejemplo, ó la de Antioquia, es anterior al establecimiento de la Iglesia católica, es una perogrullada, como suele decirse; es una verdad simple que nada significa, ni prueba nada: otro tanto valdria decir que un hombre que se halla en Jerusalem no puede estar en Roma, si no se transfere allá. Imaginemos un soberano que llega á tomar posesion de un país conquistado por sus armas. En la primera plaza fronteriza establece un gobierno, y le da grandes privilegios. Sigue su camino, y va estableciendo otros; y en fin llega á la ciudad que ha elegido por su capital, se fija en ella, establece su trono, nombra sus ministros, etc. Si en la sucesion de los tiempos, aquella primera plaza se alabase de haber sido la primera que saludó al nuevo soberano; si se compara con las demás ciudades del reino, haciendo notar en esto su anterioridad, aun sobre la capital, nada mas justo; como tampoco puede impedirse á Antioquia el recordar que el nombre de *cristiano* nació dentro de sus muros; mas que *ESTE gobierno* se quiera hacer anterior *al gobierno* ó al Estado, esto no puede ser; porque se le diria: «Si entendeis probar que el derecho de obediencia nació en vuestros muros, y que sois los primeros súbditos, tendréis razon; pero si pensais tener pretensiones de independencia ó de superioridad, ciertamente delirais; porque nunca puede haber anterioridad en el Estado, no habiendo mas que un Estado.»

La cuestion teológica es absolutamente la misma. ¿Qué importa que tal ó tal Iglesia se haya constituido antes que la de Roma? No es esto, lo volveré á repetir, de lo que se trata. *Todas las iglesias* son nada sin *la Iglesia*, es decir, sin la Iglesia universal ó católica, que á este respecto no tiene que reivindicar privilegio particular alguno; pues que es imposible imaginar ninguna asociacion humana sin un gobierno ó centro de unidad, del cual tomé su existencia moral.

Así los Estados-Unidos de América no formarían un Es-

tado sin el Congreso que los *une*. Hágase desaparecer esta asamblea con su presidente, y al instante desaparecerá la unidad, y no habrá mas que trece \* Estados separados ó independientes, á pesar de tener la lengua y las leyes comunes.

Aunque no es necesario para el fondo de la cuestion, sin embargo añadiremos que esta anterioridad, de que tantas veces se ha hablado, seria menós ridícula si al fin se tratase de un espacio de tiempo considerable como uno ó dos siglos. Mas ¿qué hay en el Cristianismo que sea anterior á san Pedro, que fundó la Iglesia de Roma, y á san Pablo, que dirigió á esta Iglesia una de sus admirables epístolas? Todas las iglesias apostólicas son de fecha igual; lo que las distingue es la duracion: porque todas estas iglesias, exceptuando una sola, han desaparecido, y ninguna hay en estado de remontarse sin interrupcion, y por medio de obispos conocidos legítimos y ortodoxos, hasta el Apóstol fundador. Esta gloria solo pertenece á la Iglesia romana.

Es preciso aun añadir, que esta cuestion de anterioridad, además de ser por sí misma tan fútil y sofisticada, está sobre todo muy fuera de lugar en boca de la Iglesia de Constantinopla, que es la última en tiempo de las iglesias patriarcales, y que no tiene aun título sino por la obstinacion de los Emperadores griegos, y por condescendencia de la primera Silla, obligada muy frecuentemente á escoger entre dos males el menor: que ha sido el juguete eterno de la absurda tiranía de sus Príncipes, manchada con las mas terribles herejías, y azote permanente de la Iglesia, á la que no ha dejado de atormentar para despues dividirla, y acaso para siempre.

Mas no puede haber cuestion de anterioridad. He hecho ver que esta cuestion carece de sentido, y que los que la mueven, no se entienden ellos mismos. Las iglesias focianas no quieren advertir que en el momento mismo de su separacion se hicieron *protestantes*, es decir, separadas é *independientes*;

\* Al presente (1836) son muchos mas.

y así para defenderse se ven obligadas á emplear *el principio protestante* de decir que están unidas por la fe, aunque la identidad de legislación no puede constituir la unidad de ningún gobierno, la cual no puede existir donde no se encuentre la jerarquía de autoridad.

Así, por ejemplo, todas las provincias de Francia son partes de la Francia, porque están reunidas todas bajo una autoridad común; mas si algunas de ellas renunciaren á esta supremacía común, desde luego se harían Estados separados é independientes, y ningún hombre cuerdo podría tolerar la aseveración de que *ellas eran siempre parte del reino de Francia, porque conservaban la misma lengua y la misma legislación.*

Pues las iglesias-focianas tienen precisa é idénticamente la misma pretensión. Quieren ser porción *del reino católico* después de haber abdicado la autoridad común. Si se las obliga á que digan qué poder ó qué tribunal es el que constituye su unidad, responden *que no hay tal tribunal*; y si se las pregunta «cómo es posible que una potencia cualquiera no tenga un tribunal común para todas sus provincias, responden «que este tribunal es inútil, porque ya lo decidió todo en sus seis primeras sesiones; y que así no debe volver á formarse.» Á estos extraños absurdos añadirán otros mas, si lógicamente se quiere seguir estrechándolas. Tal es el orgullo, y sobre todo el orgullo nacional. Jamás se le vió tener vergüenza, ni aun miedo de sí mismo.

Todas estas iglesias separadas se condenan cada día cuando dicen: *Creo la Iglesia una y universal*; porque es preciso absolutamente que á esta profesión *de derecho* sustituyan otra *de hecho* que diga: *Creo LAS iglesias UNA y UNIVERSAL*, que es el solecismo mas repugnante que jamás haya podido herir los oídos humanos.

Y no hay que decir que este solecismo (es preciso notarlo bien) puede atribuirse también á nosotros; no en vano dirían: «Si estando separados de nosotros pretendéis tener la «unidad, ¿por qué nosotros estando separados de vosotros no «hemos de tener la misma pretensión?» No hay término de

comparación, porque es un hecho constante, y del cual nadie disputa, que *la unidad* está entre nosotros. Toda la cuestión versa sobre la legitimidad, el poder y la extensión de esta unidad. Por el contrario, entre los *Focianos*, como entre todos los demás *Protestantes*, no hay unidad; de modo que no puede haber cuestión sobre si nosotros debemos sujetarnos á un tribunal que no existe; y así el argumento no puede caer sino sobre aquellas iglesias, ni puede volverse contra nosotros.

La supremacía del Sumo Pontífice es tan clara, tan incontestable y tan universalmente reconocida, que en el tiempo de la grande escisión, nadie de los que se levantaron contra ella se atrevió á usurparla, ni aun el mismo autor del cisma. Negaron que el Obispo de Roma fuese el Jefe de la Iglesia; pero ninguno de ellos fue bastante atrevido para decir: *Yo lo soy*; de modo que cada una de aquellas iglesias quedó sola y *acéfala*, ó lo que es lo mismo, fuera de la unidad y del Catolicismo.

Focio osó intitularse *Patriarca ecuménico*; pero este título solo podía sonar en la loca Bizancio. ¿Ha visto jamás la Iglesia que los obispos de un solo patriarcado se congreguen y se llamen *Concilio ecuménico*? Este delirio sin embargo no hubiera sido mayor que el otro. Para no contrariar así á la lógica como á los cánones, Focio no tenía mas que atribuirse sobre todos sus cómplices aquella misma jurisdicción que quería disputar al Pontífice legítimo; pero la conciencia de los hombres era mas fuerte que su ambición. Se atuvo á la rebelión, y no se atrevió, ó no pudo nunca levantarse hasta la usurpación.